

EL CARDON

(La planta que llegó al prestigio de panacea universal)



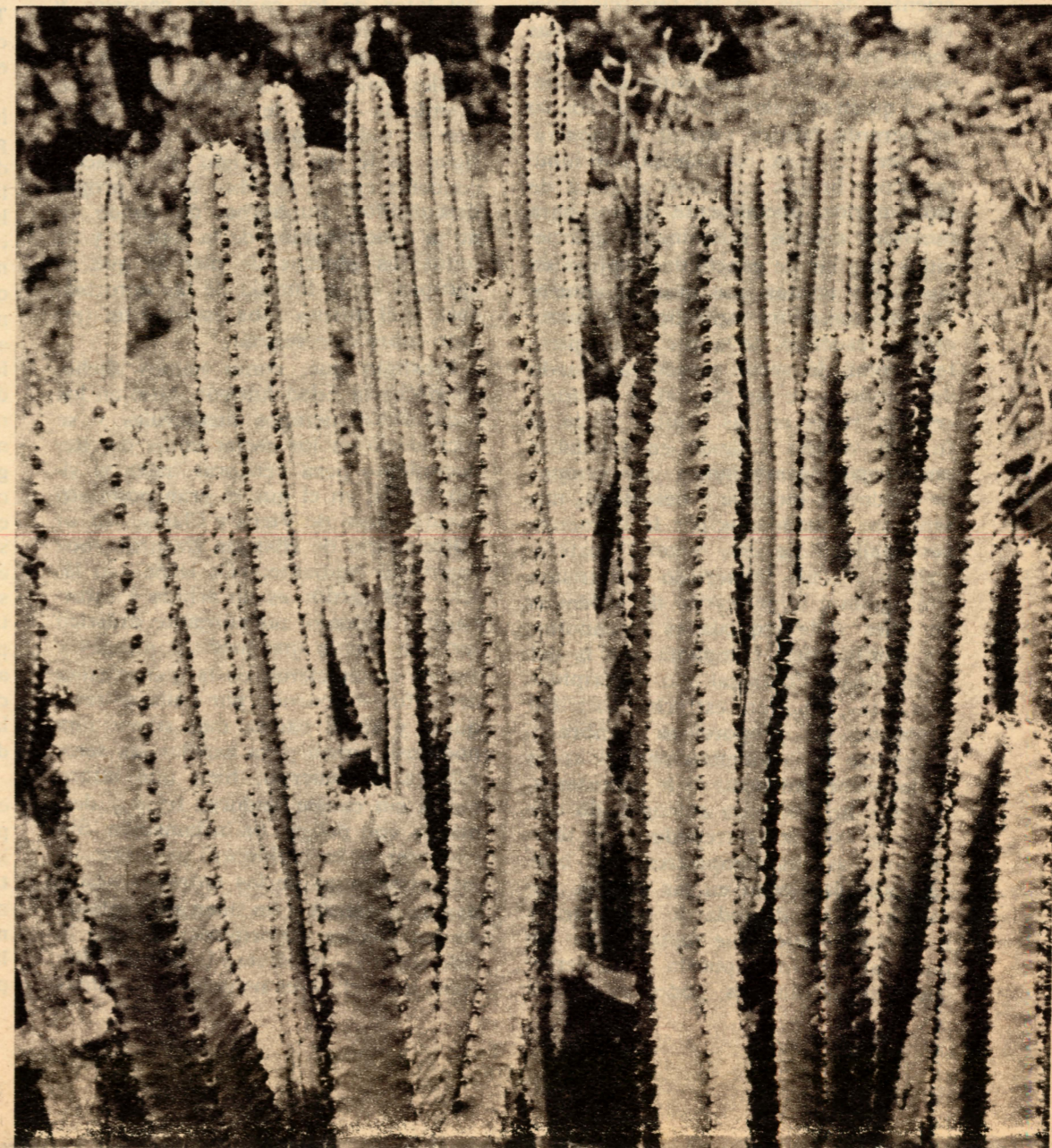
EL JARDIN

DE

CANARIAS

**ECO
COLOR**

Por Juan DEL RIO AYALA
Fotocolor: F. URQUIJO





EL CARDÓN

(La planta que llegó al prestigio de panacea universal)

NO le conviene ninguna de las acepciones del Diccionario de la Lengua para este nombre vulgar, puesto que no es ni bromeliácea, ni sirve para setos vivos, ni cardo, ni tampoco cacto, sino euforbiácea cactiforme, que por ser una de las especies más representativa y peculiar de la flora de las Islas Afortunadas se la distingue entre los botánicos llamándola privativamente «Euphorbia canariensis».

En las zonas marítimas de las Islas, entre los asperones de las viejas corrientes de lava, en las huidizas laderas de menudo «lapilli», a horcajadas sobre los arquitecturales peñascos basálticos, se la ve, constantemente dando el quién vive de autoctonismo con su exuberante fábrica vegetal, achaparrada, pero extensa, compuesta por innumerables brazos carnosos, a guisa de lampadarios, inicialmente curvos para ascender erectos, hoscamente guarnecidos de filas de ganchudas espinas en sus cinco aristas que quieren comenzar una torcedura espirálica, de barroquismo ascético, de la que se arropienten; color de verde glauco tachonado del grisáceo de las espinas e infrutescencias rojas en las puntas hacia el fin del verano. Cuando en soledades andariegas deambulamos por campos de cardones, incultos y desérticos, nos sentimos anonadados por la tremenda personalidad de este vegetal austero, aislado en un misterioso hieratismo con aguante impertérrito de ardentías de soles y de sequedades agotadoras, sin admitir otra compañía que la del sarmentoso «cornical» o «Periploca laevigata», que en estrecha sociedad simbiótica le proporciona sombra y superficie de condensación del rocío de la noche, mientras él le da tutores, con sus brazos, para el engallado asidero de las ramas trepadoras, y también las arañas campestres, que buena trabazón tienen en las espinas para los hilillos de seda de sus redes y la de los conejos que toman como segura salvaguarda, opuesta a las persecuciones de hurones, podencos y aves

de rapiña, la maraña agresiva de los brazos y el fluir del látex cegadoramente cáustico, al menor roce y al más leve rasguño.

Dice Plinio el Viejo, sabedor de tantas cosas pertinentes al Archipiélago Afortunado a través de las Memorias del rey Juba el Grande, de la Mauritania, que en una de las expediciones del descubrimiento, allende Las Columnas de Hércules, realizadas por el cosmógrafo monarca bereber amigo del Emperador Augusto, el médico griego Euphorbo obtuvo gran cantidad del látex de los cardones canarios y que una vez desecado lo empleó como precioso fármaco para la cura de terribles dolencias, llegando a ser tan grande la fama de la extraña droga que en todo el ámbito del mundo antiguo se le dio prestigio de panacea, conocida con el nombre de su propio descubridor, Euphorbo, de donde vino la denominación de la especie y de todos los géneros de plantas que se agrupan en la familia de las euforbiáceas, y el mismo Juba escribió un tratado sobre este vegetal.

Prestigio que, como hemos dicho, surgió en la Edad Antigua, latió en los oscurecidos tiempos medievales y se recrudeció en los esclarecidos del Renacimiento para perdurar hasta el siglo XVIII, en el que el gran polígrafo canario, José de Viera y Clavijo, en su «Diccionario de Historia Natural», nos cuenta lo siguiente: «La leche —o látex— del cardón es un erhino y esturinatorio violento; un purgante drástico terrible, por lo que médicos griegos y árabes reconocieron en la goma-resina del euforbio, cuando por hallarse reseca y añeja parece más suave, una poderosa virtud para expeler las serosidades del cuerpo; bien que nunca purga sin causar sudores fríos y desmayos, con peligro de inflamación. Sin embargo, se ha creído útil para sacudir las membranas de las entrañas atacadas de parálisis y un buen estimulante en los afectos soporíferos; aunque lo más seguro —obsérvese la ironía volterriana de Viera— es no emplearlo jamás

interiormente. Sus polvos son a propósito para curar los huesos cariados y muy recomendados para sanar las ciruras que los malos sangradores suelen hacer sobre los nervios. Fernel asegura que son un excelente remedio contra ciática. Herman se servía del euforbio cocido con vino y aceite para disipar los humores eschirrosos. Los albitres se sirven de él para la sarna de los caballos, y nuestros paisanos curan la empuerca o paperas de los bueyes, habiendo también, ejemplares de haber sido muy provechosa la leche del Cardón en las gangrenas y carbuncos. Todavía hacen más, pues suelen mezclar algunas gotas con huevo y se lo echan al pecho a manera de vomitivo.»

Uno de los números tradicionales de la fiesta de San Nicolás de Tolentino, pueblo apartado al otro lado opuesto de Las Palmas, en Gran Canaria, es la llamada «Celebración del charco», por la cual se reúnen los vecinos en torno a cierta pequeña albufera próxima al mar y en la desembocadura del barranco. Durante el año se han criado allí muchos peces que nadie osa pescar en el mutuo asenso comunal de reservarlos para este día. Entonces, hombres de tierra adentro inventaron mejor método de pesca masiva que los de los marineros: aquéllos traen cargas de gajos de cardones manando baba lechosa, de vapores acres y la echan en el agua del charco hasta que los peces suben a la superficie adormecidos por el terrible cáustico. Cada vecino recibe su equitativa parte y viene el buen yanfar a la orilla del mar, con asadero de pescado o el típico caldo, las «papas arrugaas», el gofio «escaldado» y mojo calentón de la tierra, mientras suenan las guitarras, los laúdes y los tipples de las típicas parrandas.

El Cardón tiene un hermano menor en los soledosos arenales y riscos de la península de Jandía, en Fuerteventura, la «Euphorbia jandiensis». Es especie extraña por su contextura y, en cierto modo, decorativa, pero no llega, ni con mucho, en razón de su desmedrada talla, a la prestancia y la elegante imprevista de la «Euphorbia canariensis».